



Nosotros necesitamos sí

Tú de mí y yo de ti¹

Wania M. Coelho Ferreira Cidade

waniacidade@globo.com

Me manifiesto junto con los compañeros de esta mesa y con todos los que apoyaron la iniciativa de la Dirección de Niñez y Adolescencia de la FEPAL, bajo la dirección de Beth Cimenti, de redactar un documento que haga público el grave fenómeno de abandono y maltrato de miles de niños y adolescentes que viven en América Latina.

Manifestar significa dar a conocer, hacer público, revelar, difundir, y creo que nuestra acción mira sensibilizar, mover los psicoanalistas en el sentido de comprometerse con esta problemática social y política, e igualmente relevante para el campo psicoanalítico.

Desde Freud, y pasando por Melanie Klein, Winnicott, Bion, Lacan, las formulaciones y discursos psicoanalíticos subrayan la importancia de los vínculos afectivos y de cuidado en las primeras etapas de la vida y la infancia. Por lo tanto, es intrínseca a la nuestra formación ética, teórica y técnica la comprensión de la necesidad de inversión libidinal por parte de

¹ Taiguara, “Teu sonho não acabou”.



los padres o sus sustitutos para que el bebé se desarrolle y crezca saludable. Este principio encuentra la posibilidad de observación en la experiencia analítica con niños, adolescentes e incluso adultos.

Las teorías que fundamentan el conocimiento psicoanalítico se basan en los inicios de la vida para comprender la salud y la enfermedad de niños, jóvenes y adultos. *A priori* sabemos que el ser humano necesita inexorablemente del otro para existir y convertirse en sujeto, y esta condición no cesa en la infancia, y siempre seremos dependientes del otro en nuestra existencia. Entonces, desde el encuentro de una pareja o el encuentro de un óvulo con un espermatozoide o, incluso, de un proceso de búsqueda por un bebé, hacen falta dos para que de esta suma nazca el tercero – es de esta ecuación que se hace la vida. No podemos sobrevivir sin el otro.

El niño y el joven tienen un estatus y lugar específicos en la relación con los padres, con la familia y en los espacios sociales. Estas relaciones, a su vez, están mediadas por la cultura. Sin embargo, esta configuración puede verse alterada por numerosos factores internos a los sujetos involucrados o externos a ellos. Considero importante un paréntesis para citar a Freud.

En el texto “Introducción al narcisismo”, de 1914, Freud nombra al bebé como “Su Majestad”, aludiendo precisamente a la demanda de cuidados e inversiones libidinales que se le dirigen, apoyándose uno a la otra, promoviendo la transición del autoerotismo al narcisismo.



Sería por esta transformación crucial que el yo como registro psíquico sería constituido, caracterizando que este sería entonces el narcisismo primario, señal incuestionable que evidenciaría la unidad psíquica original en oposición a la fragmentación autoerótica anterior (Birman, 2016, p. 26).

Este yo narcisista es engendrado por el deseo de los padres y la familia que idealizan que este ser carente, dependiente e indefenso haga todo lo que ellos mismos no pudieron hacer.

No pretendo desarrollar aquí todo el recorrido del texto sobre el narcisismo, pero creo que es importante resaltar, en líneas generales, la acción psíquica que configura el narcisismo, porque es justo en esta etapa que el bebé omnipotente, mágico y majestuoso sea investido por el ideal de los padres que abren mano de sus deseos en nombre del bebé.

Así, para humanizarse, el bebé necesita de la relación con la madre, con el padre, con el otro. Me refiero a las funciones que envuelven y bañan al bebé, ya sea a través de los ojos, los afectos, el toque y el cuidado. Tratase de aquella función que comprende la angustia y logra catalizarla, devolviéndola de tal manera al bebé o niño pequeño que él se tranquiliza, se siente seguro, aquella que es capaz de soñar junto, permitiendo que el bebé se quede calmo. Es importante resaltar que me refiero a cualquier configuración familiar, independientemente de que sea una familia en la línea tradicional, ya que se trata de la función y lugar que ocupa cada uno.



Conocemos de memoria esta trayectoria de la primera infancia y sus repercusiones en la edad adulta y también tenemos acceso al reverso de la historia de la construcción del sujeto. El recorrido es complejo, el ingreso al espacio social puede complicar mucho el recorrido, y la violencia, el abandono y el abuso pueden desplazarse al vínculo más frágil del núcleo familiar.

La violencia contra los niños está presente en todos los estratos y clases sociales, pero es más evidente en las clases más pobres, porque la precariedad también sacrifica el buen vivir. La mirada tan necesaria y promotora de la salud puede estar apagada, opaca o incluso indiferente cuando permanece en un estado de supervivencia. No es que toda la pobreza lleve a este desconcertante estado, pero la falta de dispositivos de cuidado para las familias, las madres, a menudo solas, y el niño puede conducir a la enfermedad psíquica de la familia.

Hay un hecho terrible que estructura la sociedad brasileña, que también está presente en otros países de América Latina, que promueve abismos y violencia contra gestantes, puérperas, niños, jóvenes y adultos, y cuyo daño emocional comienza antes del nacimiento, en los deseos inconscientes de la madre y de la familia o en las presiones que sufren. Me refiero al racismo y su violencia mortífera que crean fisuras insuperables en la sociedad brasileña y que se sienten desde la más tierna infancia.

Sociedad que sufre profundamente por la fuerza de las prácticas coloniales y el mantenimiento de este pensamiento en el orden social.



Esta es una herida que todo sujeto negro o negra siente cortar la carne, a menudo dentro de su propia familia o al ingresar al campo social. Son, como dice Lia Vainer Schucman, “áreas de apagones y silencios” que maltratan y, en extremo, llevan a niños y adolescentes al suicidio.

Según el Ministerio de Salud (de Brasil), los adolescentes y jóvenes negros tienen más riesgo de suicidio que los jóvenes blancos del mismo grupo de edad. En 2019, la tasa de mortalidad aumentó en un 12% entre los niños y jóvenes adolescentes de 10 a 29 años (Cidade, Wania, 2019).

Es importante señalar que no son experiencias individuales y aisladas, sino construcciones culturales y políticas modeladas por el poder blanco, eurocéntrico y cisheteronormativo. Más bien, se trata de rechazos, insultos, maltrato físico y psicológico que desechan al infante, atacándolo y distorsionando lo más caro de su existencia: la estima en relación a sí mismo, sus identificaciones y espejamiento que refleja el horror del racismo.

La condición de vida de la población negra está atravesada por experiencias impuestas por una

Élite que realizó una apropiación simbólica crucial, que ha ido fortaleciendo la autoestima y el autoconcepto del grupo



blanco en detrimento de los demás, y esta apropiación acaba legitimando su supremacía económica, política y social. La otra cara de esta medalla es la inversión en la construcción de un imaginario extremadamente negativo sobre las personas negras, (...) que daña su autoestima, las culpa por la discriminación que sufren y, finalmente, justifica las desigualdades sociales (Bento, Cida, 2003).

Comencé mi texto hablando sobre maltratos, abandono y violencia en la infancia y la juventud. Ahora propongo que pensemos, desde el ejercicio psicoanalítico, lo que hemos sentido cuando nos topamos con políticas que hacen invisibles a los grupos, intentan homogeneizar comportamientos y jerarquizar sujetos, marcando territorios, deconstruyendo proyectos que luchan por la dignidad humana y eliminando vidas. ¿Quién queda excluido de este proyecto genocida?

Les informo que a cada 23 minutos muere un joven negro en Brasil. Muere la esperanza de familias que veían en sus hijos la posibilidad de una vida diferente. Muere la dignidad de una nación.

Y que los niños canten libres sobre las tapias
Y enseñen sueños al que no puede amar sin dolor
Y que el pasado abra el presente para el futuro
Que no se durmió y preparó el amanecer...

(Taiguara, 1973)